

EVANGELIO Y REINO

*Una interpretación cristiana
del Antiguo Testamento*

GRAEME GOLDSWORTHY

TORRENTES DE VIDA

© 2005 TORRENTES DE VIDA
Roble 1026
Col. Los Naranjos
San Nicolás de los Garza,
Nuevo León, México

© 2005 de La Traducción:
Graham y Patricia Scarrat.

Publicado en inglés bajo el título:
GOSPEL AND KINGDOM
For The Paternoster Press
Carlisle UK

Traducción:
Edición: Eugenio Torres R.

Diseño interior: Eugenio Torres R.
Diseño de cubierta y de la colección: Jesús Avilés

Reservados todos los derechos. Ninguna porción o parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopias, grabaciones, etc.) sin el permiso previo por escrito de los editores.

ISBN: 968-

Categoría: Teología

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MÉXICO

La misión de TORRENTES DE VIDA es poner al alcance del pueblo de Dios los mejores recursos teológicos necesarios a fin de que Dios sea conocido de la mejor manera por medio de La Escritura, y que todas las personas conozcan a Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

CONTENIDO

Prefacio	7
Introducción	9
CAPÍTULO 1. ¿Por qué leer el Antiguo Testamento?	13
CAPÍTULO 2. Un puente sobre el abismo	24
CAPÍTULO 3. ¿Qué es el Antiguo Testamento?	34
CAPÍTULO 4. Teología Bíblica e historia de la redención ..	45
CAPÍTULO 5. El pacto y el Reino de Dios	52
CAPÍTULO 6. El Reino revelado en el Edén	59
CAPÍTULO 7. El Reino revelado en la historia de Israel	68
CAPÍTULO 8. El Reino revelado en la profecía	91
CAPÍTULO 9. El Reino revelado en Cristo Jesús	103
CAPÍTULO 10. Principios de interpretación	121
CAPÍTULO 11. ¡Ese gigante otra vez!	126
Conclusión	134
Apéndice A	136
Apéndice B	137
Apéndice C	140
Índice analítico	145

PREFACIO

Este libro nace de una profunda búsqueda de recuperar el Antiguo Testamento como parte de la Biblia cristiana. Es indiscutible que aun los cristianos evangélicos muestran cierta negligencia e ignorancia hacia las primeras tres cuartas partes de la Biblia. No hace falta en este espacio reflexionar acerca de la causa de este problema, pero no está de más decir que realmente es un problema. Uno casi podría sugerir que los cristianos bíblicos tienen un peso en la consciencia por esta seria falta de conocimiento de la Biblia en su totalidad –y tienen sus razones.

A menudo se me ha pedido que dé alguna serie de estudios sobre el Antiguo Testamento para diversos grupos. “Hace mucho que no hacemos nada sobre el Antiguo Testamento. ¿Qué le parece una serie sobre los Profetas Menores?” (Parece que los Profetas Menores atraen mucho a los grupos de estudio que no conocen el Antiguo Testamento) Por lo general contesto con una contraoferta, proponiendo una serie de estudios sobre la estructura de la teología del Antiguo Testamento y la unidad bíblica. No es de sorprender que por lo general el resultado haya sido de una respuesta entusiasta por cualquier cosa que ayude a mostrarles cómo se unen las diversas partes de la Biblia.

Al enseñar a lo largo de varios años un curso de teología bíblica en Moore Theological College, me resultaba casi imposible recomendar algún libro (del tipo introductorio) sobre este tema. Obviamente se necesitaba algo que fuera útil tanto para el pastor como para el estudiante, así como para el cristiano común y corriente, que sentara los principios básicos de la interpretación cristiana del Antiguo Testamento. Los frecuentes pedidos por parte de los estudiantes de libros recomendados

eran reemplazados de vez en cuando por un desafío abierto de preparar mi propio trabajo, basado en la serie de conferencias que impartí en Moore College, para su publicación.

Este pequeño libro es el resultado. Al escribirlo he intentado tener en cuenta las necesidades de todos aquellos quienes, con poco o ningún entrenamiento formal, se proponen la tarea de leer la Biblia para su propia edificación o para enseñar a otros. La experiencia me sugiere que los pastores y predicadores se beneficiarán también con una ayuda sencilla y práctica. Los riesgos de simplificar por demás son muy grandes, pero la urgencia de la necesidad hace que sea necesario correr esos riesgos.

Estoy en deuda con todos los maestros que me han instruido en estudios bíblicos y teológicos. Estoy particularmente agradecido con el Arzobispo Donald Robinson por contagiarme un poco de su entusiasmo y percepciones en el estudio de la teología bíblica. También estoy profundamente agradecido con quienes me ayudaron voluntariamente a mecanografiar el manuscrito.

Graeme Goldsworthy
Brisbane, Australia

¿HAN MATADO ALGÚN GIGANTE BONDADOSO ÚLTIMAMENTE?

La celebración por el aniversario de la escuela dominical acaba de comenzar y la sala está llena de niños bajo la atenta supervisión de maestros y padres. Todos cantan con ánimo, ayudados por un acordeón y un par de guitarras, mientras que el líder los dirige con entusiasmo desde el escenario. El joven que está sentado al borde del escenario mirando nerviosamente sus apuntes y láminas no comparte la expectativa de los niños por la historia bíblica que pronto será presentada. Tal vez más pensativo que la mayoría, lo ahoga la duda acerca de la interpretación que planea hacer de la historia del Antiguo Testamento que está por contar. No hay nada de malo con sus ayudas visuales, y su habilidad para contar cuentos es conocida por su alto nivel. Pero hay algo que le molesta. ¿Cómo puede tomar esos acontecimientos que ocurrieron hace tanto tiempo, más de mil años antes de Jesucristo, y conseguir que les digan algo a estos jóvenes oyentes del siglo veintiuno?

Esta duda ciertamente no es algo nuevo. Supongamos que nuestro amigo (llamémoslo Joaquín) es alguien que ha sido criado en un hogar cristiano y una iglesia viva, basada en la Biblia. A lo largo de los años se le han enseñado muy bien los contenidos de la Biblia y ha aprendido formas de aplicarlos a su propia vida cristiana, asumiéndolos como la única manera “correcta” de vivir. Como maestro de la escuela dominical ha adquirido gradualmente cierta habilidad en este tipo de aplicacio-

nes, pero nunca estuvo totalmente seguro de los principios sobre los que basaba su método. Pero gracias a su interés en estudios bíblicos, comenzó a darse cuenta de la variedad en la literatura de la Biblia además del contexto histórico de sus hechos. No era que compartiera las dudas de algunos de los libros que leía en cuanto la inspiración de la Biblia, pero sí se percató de la confusión con respecto al acercamiento del significado original del texto como a su aplicación al “aquí-y-ahora” que hasta ahora había aceptado sin cuestionar.

La invitación que le hicieron para hablar en la celebración del aniversario enfrentó a Joaquín con un nuevo problema. No puede simplemente rehacer el cuento para que esté de acuerdo con el material de la clase en el programa de la escuela dominical (ni siquiera lo convencía desde un principio). Su incomodidad acerca de este método de contar historias bíblicas se intensificó hace un par de semanas cuando escuchó a otro orador en un evento para niños, quien presentó la historia de David y Goliat.

Lo había hecho muy bien y a los niños les encantó. Hubo mucho entusiasmo por la actuación y la gran victoria de ese líder elegido por Dios, y el uso de ayudas visuales se había realizado con gran esmero y precisión. Pero a Joaquín le había preocupado la forma en que el orador aplicó la historia. El muchacho disfrazado de Goliat había revelado progresivamente una cantidad de pecados infantiles mientras iba mostrando partes de su pechera, uno por uno, a medida que el orador explicaba los distintos “Goliats” con los que nos podemos encontrar. Luego, un espectacular David apareció en escena y mostró su arsenal –una honda etiquetada “fe” y cinco piedras rotuladas “obediencia”, “servicio”, “lectura bíblica”, “oración” y “comunión”. El orador omitió decir cuál de las piedras había matado a Goliat, lo que produjo cierta comicidad cuando Joaquín hablaba con sus amigos después de la reunión. Pero debajo de la risa estaba la verdadera sensación de incomodidad y

confusión acerca de cómo debía aplicarse verdaderamente una historia de ese estilo del Antiguo Testamento.

Joaquín estaba preocupado por todo esto porque, seis meses atrás, él hubiera hecho lo mismo. Pero ahora, al subir al escenario, se siente muy inseguro de todo esto. Ha llegado a apreciar más la unidad y progreso históricos de los eventos bíblicos. De alguna manera el salto ingenioso desde Goliat a nuestros pecados y, más significativamente, de David a nosotros mismos, parece al mismo tiempo lógico y arbitrario. No es de sorprenderse que Joaquín se sienta todavía confundido. Está por dar una charla que se basa sólidamente sobre el mismo tipo de acercamiento, y que parece decir algo válido, pero sin razones claras acerca de su validez.



Esta historia podría escribirse miles de veces para encajar en su situación y la mía. Quizá sea usted maestro de escuela dominical, consejero de campamentos, voluntario de un club bíblico, o tal vez simplemente un cristiano común que luchan con la pregunta sobre la relevancia del Antiguo Testamento en su vida cristiana. O tal vez sea un padre cristiano que quiere dirigir a sus hijos hacia el sentido de la importancia de la Biblia, y a una utilización madura de Las Escrituras. Cada vez que leemos la Biblia nos encontramos con este problema de la aplicación *correcta* del texto, el significado del antiguo texto en el mundo de hoy.

Este libro ha sido escrito para ayudar a sortear este abismo. Para poder construir un puente que una al mundo antiguo con el hombre contemporáneo, debemos conocer qué tipo de abismo nos separa. Esta no es una tarea fácil, pero debemos dar el primer paso. Si creemos que aun los niños pueden aprender a comprender algo de lo que Dios les dice por medio de la Biblia, entonces debemos aceptar un llamado constante a incrementar

nuestro entendimiento de la palabra de Dios para poder construir puentes más seguros.

Este libro busca proveer una estructura básica sobre la cual construir un uso más seguro del Antiguo Testamento y, por lo tanto, de la Biblia toda. Busca ayudar a que los cristianos puedan cruzar el profundo abismo que los separa del significado original del texto bíblico. No narra la totalidad de la historia de la teología bíblica, pero ofrece una invitación para comenzar la maravillosa tarea de leer la Biblia como una entidad viviente.

EL PACTO Y EL REINO DE DIOS

EL PACTO

La creación del hombre a imagen de Dios diferencia a los seres humanos de los animales. El hombre no es el punto final de una cadena evolutiva pues es cualitativamente distinto de los animales. El hombre fue creado para tener comunión con Dios y dominio sobre el resto del orden creado. De este modo, hay una relación única entre Dios y el hombre. Sin embargo, no podemos ignorar la similitud entre el hombre y los animales –el hombre nunca será sino una criatura y, como tal, totalmente dependiente del Creador. Por ejemplo, la palabra de Dios dada a Adán prohibiéndole comer del árbol del conocimiento del bien y del mal expresa el hecho de que el hombre, como ser creado, está atado por los límites de su criatureidad. Existen límites reales puestos por el Creador. Como tales, manifiestan la soberanía de Dios –de su reinado absoluto. Pero este Señor es bueno y coloca a su criatura-hombre en una relación que le otorga tanto reinado como bendición. Dios es Rey y el hombre su súbdito. El lugar donde esto ocurre es el mejor de todos: el jardín del paraíso del Edén.

El nudo del problema

El pecado del hombre es su intento de renunciar a su criatureidad y de afirmar su independencia de Dios, el Creador. El juicio resultante (en la “caída” del hombre) establece una ruptura de

la relación entre Dios y el hombre. El mundo se convierte en un mundo caído donde el hombre caído puede vivir (ver Romanos 8:19-20). Pero de la misma manera en que una creación caída aún refleja la gloria de Dios (Salmo 19:1, Romanos 1:20), así también el hombre aún refleja algo de la imagen de Dios. Un aspecto de la misericordia de Dios es que muestra una actitud de gracia para con el hombre caído. Aun en la caída, la gracia de Dios permite que el mundo continúe, y sustenta un orden en el cual el hombre puede vivir y multiplicarse.

La medida de la gracia de Dios no es simplemente “la gracia común” mostrada en la continuidad del universo; también se vislumbra en la declaración del propósito divino de redimir un pueblo para que sea el pueblo de Dios. La relación entre Dios y el hombre, tal como existió en el Edén, nos da alguna indicación de la intención de Dios para su nueva raza de personas.

El Pacto con Abraham

Dejando de lado por el momento el tema de lo que se revela entre la caída del hombre y los comienzos de la nación hebrea (en Génesis 4-11), examinemos ahora el llamado a Abraham. La promesa de Dios a Abraham, expresada en Génesis 12 y los capítulos siguientes, provee uno de los temas centrales de la Biblia. La forma de la promesa descrita como un *pacto* es esencialmente un acuerdo entre dos partes, pero este no es un pacto humano común, que involucra un consentimiento mutuo entre iguales, sino un pacto de la nobleza dispensada por el acto de gracia de un Dios muy ofendido, contra quien se ha pecado. El pacto es un acuerdo en el sentido de que el que recibe la propuesta debe estar de acuerdo con cualquier cláusula que se le proponga. Pero antes que nada debemos ver este pacto como uno de *gracia* –un favor inmerecido. Las promesas de Dios a Abraham incluían:

- a). Una nación, que son sus descendientes,
- b). Una tierra en la que vivirán,
- c). Una relación con Dios en la que serán el pueblo de Dios.

Esta relación del pacto, por lo tanto, consiste en ser llamados “pueblo de Dios”. Cualquier expresión posterior de esta relación nace de este pacto original. Descubrimos que esta promesa hecha a los antepasados de Israel (Abraham, Isaac y Jacob) se convierte en la base de la relación de *todo* el pueblo de Dios en la Biblia. Aun en el Nuevo Testamento el concepto de ser hijos de Abraham se transfiere a quienes por fe aceptan el evangelio (Gálatas 3:29). ¡Todo cristiano es hijo o hija de Abraham! Más adelante veremos las distintas áreas donde el pacto recibe una expresión especial en el Antiguo Testamento.

EL REINO DE DIOS

Para entender el pacto debemos examinar su contenido y sus términos. El contenido del pacto, como meta de la redención, es el reino de Dios, dado que el pacto se relaciona con nuestra redención como hijos de Dios. ¿Qué es el reino de Dios? El Nuevo Testamento tiene mucho que decir acerca de “el reino”, pero tal vez entendamos mejor esta idea en cuanto a la relación entre los súbditos y su rey. Eso significa que hay un rey que *reina*, un pueblo que es *gobernado* y un ámbito donde este reinado es *reconocido* como efectivo. Dicho de otro modo, el reino de Dios implica:

- a). El pueblo de Dios,
- b). En el lugar de Dios,
- c). Bajo el gobierno de Dios.

Dado este análisis básico, es claro que no es importante el hecho que el término “reino de Dios” no aparezca en el Antiguo Testamento, porque la idea básica se trabaja a lo largo de toda La Escritura.

Primero, vemos el reino de Dios en el Jardín del Edén. En él, Adán y Eva viven en obediencia voluntaria a la palabra de Dios y a su reinado. En este ámbito, el reino es destruido por el pecado del hombre –y el resto de la Biblia trata de la restauración de un pueblo para que sea súbdito voluntario del perfecto reinado de Dios.

Hay muchos otros episodios en la Biblia que hablan del reino de Dios.

La promesa a Abraham

Ésta se encuentra en Génesis 12:1-3. Dios promete a los patriarcas que sus descendientes (el pueblo de Dios) poseerán la tierra prometida (el lugar de Dios) y serán el pueblo de Dios, bajo su autoridad (el mandato de Dios). El proceso histórico, por medio del cual el pueblo es traído a esa situación, toma la forma del acto de redención de Dios. Dios redime a Israel cuando lo rescata de la cautividad en Egipto.

La monarquía

La “edad de oro” de Israel ocurre durante el período de la monarquía, cuando los reinos del Norte y del Sur son unidos como una misma nación. Los logros políticos, económicos y religiosos del reinado de David y Salomón cumplen en todos los aspectos visibles las promesas hechas a Abraham. Este reinado no es perfecto, pero desarrolla todos los aspectos del reino de Dios. De este modo emerge un patrón: la revelación del reino de Dios comienza con una promesa muy simple a Abraham, y luego pasa a través de un proceso de cumplimiento que incluye la experiencia redentora (el éxodo) y logra su máxima expresión de cumplimiento (la monarquía). Esta última etapa contiene algunas cosas que ni siquiera se mencionan específicamente en la promesa original (tal como la ciudad de Sión, el templo y el reinado de David).

El Reino Profético

El reinado de Salomón falla y esto sirve para subrayar lo que ha sido aparente todo el tiempo –que el proceso histórico desde Abraham hasta Salomón nunca expresa en plenitud la gloria del verdadero reino de Dios, aun cuando revela la naturaleza de ese reino. En vista del juicio sobre el pecado de Israel (que culmina en la destrucción de la nación), los profetas vuelven a exponer la promesa del reino como algo que ha de cumplirse en el futuro.

El regreso del exilio babilónico no produce la llegada del reino anunciado por profetas como Isaías, Jeremías y Ezequiel. Los profetas post exílicos, Hageo, Zacarías y Malaquías continúan dirigiendo la mirada de Israel lejos de su historia presente al gran día futuro cuando el reino perfecto y eterno de Dios será revelado. El Antiguo Testamento termina con una nota de promesa y expectativa. Cuando los judíos ingresan en casi cuatro siglos de silencio profético entre los dos Testamentos, no hay cumplimiento a la vista. Durante este tiempo los judíos desarrollan una variedad de soluciones a su problema. La mejor conocida es la de los fariseos, que buscan un regreso literal a la monarquía de Israel y a la liberación de Israel de toda opresión extranjera.

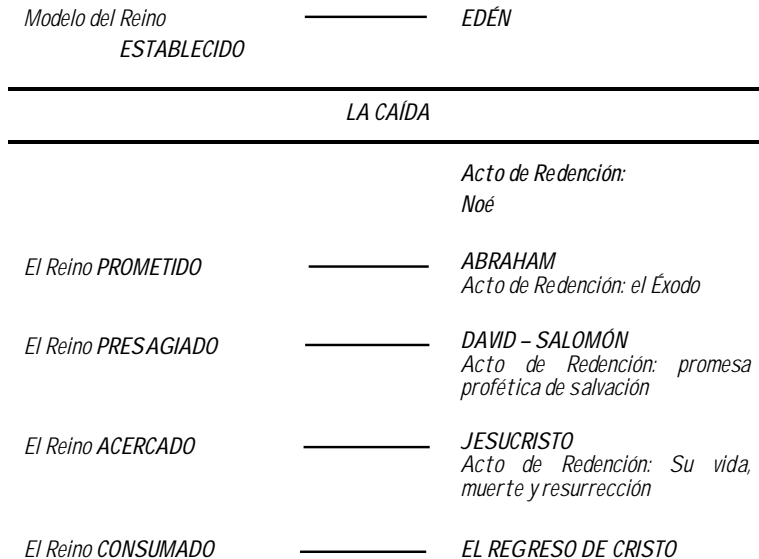
El Reino del Evangelio

Jesús declara: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado” (Marcos 1:15). De este modo presenta el evangelio como el acercamiento del reino, lo cual significa que el reino “se ha acercado”; no se ha cumplido, sino que va emergiendo a medida que el Nuevo Testamento expone el evangelio. Jesús es el cumplimiento de las promesas, pero a esta altura, el hecho de que el reino de Dios triunfará sólo puede aceptarse por fe. El Nuevo Testamento describe en varias ocasiones la futura consumación del reino, cuando el pueblo de Dios habrá de cono-

cer de modo completo, y por sus propios ojos, aquello que ahora sólo tiene por fe. Cuando Cristo aparezca en su segunda venida, los santos de Dios aparecerán con Él y el reino eterno se hará evidente (Colosenses 3:4)

Ahora queda claro por qué la historia de la redención no es simplemente un gradual despliegue de las verdades del reino, un amanecer de la luz, sino más bien una serie de etapas en las que el reino, y la forma de entrar en él, son reveladas. En cada etapa todos los ingredientes esenciales del reino se expresan, pero cada etapa sucesiva crece a partir de la etapa anterior hasta lograr la revelación total del evangelio. Con el riesgo de sobre simplificar, podemos organizar nuestro material del reino de Dios en varios “bloques” de revelación:

Fig.5 REVELACIÓN DEL REINO EN LA BIBLIA
(ver también Fig. 8)



- a).** El reino revelado en el Edén.
- b).** El reino revelado en la historia de Israel (Abraham hasta Salomón).
- c).** El reino revelado en la profecía (Elías a Juan el Bautista).
- d).** El reino revelado en Jesucristo (los tiempos del Nuevo Testamento hasta el regreso de Cristo).

Debemos considerar ahora, en forma más precisa, cómo cada una de estas etapas o bloques de revelación se relacionan exactamente una con otra. Las conclusiones a las que lleguemos acerca de esto regularán nuestro método de interpretación de los textos del Antiguo Testamento y nuestra percepción de su relevancia para nosotros los cristianos hoy.